

IMAGENES

Los gobiernos del mundo han sido prácticamente unánimes en aprobar la operación militar de rescate de los rehenes. Pero ni la prensa ni la sociedad civil muestran, en el mundo, esa unanimidad. Sus reacciones son matizadas, cuando no abiertamente críticas al desenlace violento de la crisis. La «razón de Estado» no prevalece en ellas como entre sus gobiernos. En el mundo globalizado de hoy los ciudadanos, saturados de las imágenes violentas de la realidad y la ficción, no parecen proclives a aplaudir, sin más, una brutal acción militar por «exitosa» que sea. Aquí se originaron las imágenes que han dado la vuelta al mundo y que el mundo -no los gobiernos- debe haber contemplado no sin malestar y desazón. Y nuestro presidente ha contribuido imprudentemente a ello prestándose a aparecer ante cámaras en imágenes a las que difícilmente se prestarían hoy los altos jefes militares de los países desarrollados; mucho menos un jefe de Estado. Peor aun cuando nuestro país -nuestro gobierno- no goza precisamente de una reputación recomendable en materia de preocupación por los derechos humanos y respeto a las instituciones. ¿Cuánto debe haber impactado en la opinión pública internacional aquella imagen del presidente Fujimori subiendo las escaleras y ladeando la cabeza para mirar, al paso, los cadáveres insepultos desde la víspera de Cerpa Cartolini y Roly Rojas? Por qué extrañarse entonces de que Richard Cohen, del **Washington Post**, describiera así la escena: «Parecía regodearse, como Patton en la película del mismo nombre, con toda esa carnicería, ignorando que un rehén había muerto y que algunos de los guerrilleros quizás no habían caído disparando sus armas». Tampoco fue feliz el presidente al ufanarse del éxito de la operación ante la prensa extranjera en más de una oportunidad, permitiéndose incluso algunas salidas de dudoso gusto, como cuando declaró a **Televisa** que «el Perú tiene tecnología antisequestros para exportar», o directamente ofensivas contra los empresarios japoneses que estuvieron dispuestos a pagar rescate por sus rehenes. ¿Cómo le habrán caído a Bill Clinton sus declaraciones a la revista **Time** cuando dijo que, por lo visto, «hacemos ciertas cosas mejor que los Estados Unidos. Comparen esto con **Waco**»?

Otros aspectos del caso han llamado también a preocupación a la prensa internacional, como son la supuesta ejecución -no aclarada- de rehenes rendidos o el de la esperpéntica historia de sus restos -la mayor parte sin identificar- no entregados a sus familiares, dispersos hoy en distintos cementerios pobres de la ciudad, sin que sepa exactamente dónde. No nos quejemos, pues, de las historias que nosotros mismos contribuimos a alimentar.

En nuestro mundo globalizado, ¿por qué no ha de globalizarse también la violencia? Las ondas de la televisión y de la comunicación electrónica son también propagadoras de esas otras ondas expansivas que genera y retroalimenta la violencia. ¿Qué o quién puede garantizarnos a nosotros y garantizar al ciudadano europeo o norteamericano promedio que la cruenta y exitosa acción militar realizada en Lima contribuirá a desarmar a los espíritus violentos que anidan en nuestras sociedades? ¿O es más bien lo contrario? Toda la experiencia internacional muestra que las famosas «acciones disuasivas», por sí solas, no han desarmado a

la violencia en ninguna parte, sencillamente porque no cierran el círculo vicioso de la violencia. El asalto a embajadas se sustituye fácilmente con un coche bomba en cualquier punto de la ciudad o del planeta.